

# Homilía del Padre Dean Brackley del 2010 XXX Aniversario del martirio de Monseñor Romero

---

## Por qué nos reunimos

Hace treinta años, Monseñor Romero fue asesinado mientras celebraba la Eucaristía. Hoy estamos aquí para recordarlo, porque su vida y sus palabras nos han inspirado. Su memoria nos da esperanza. ¡Esto es lo que significa seguir a Cristo hoy! ¡Esto es lo que significa ser humano!

Queremos ser como él. Queremos que la Iglesia sea como él.

Los que nacimos en Estados Unidos agradecemos a nuestras hermanas y hermanos de América Central por el don de Monseñor Romero, por su fe y su testimonio. Algunos de ustedes tienen cicatrices de la guerra, llevan la carga de la pobreza y ahora sufren políticas injustas de la inmigración. La historia nos ha unido para siempre.

Damos gracias a Dios, porque Monseñor fue obra de Dios. Sólo Dios puede producir esa libertad y esa valentía. Sólo Dios puede dar esa serenidad y esa paz. En medio de su trabajo pastoral tuvo muchos conflictos, sufrió persecución y peligros personales. Sólo Dios puede inspirar a hablar como lo hizo Monseñor. Sólo Dios puede producir un amor como el suyo.

Ignacio Ellacuría dijo que “con Monseñor Romero Dios pasó por El Salvador”. Con Monseñor Dios pasó por nuestro mundo. Y gracias a Monseñor nos es más fácil imaginar cómo era Jesús. Nos es más fácil entender por qué mataron a Jesús: lo mataron por las mismas razones por las que mataron a Monseñor. Y a la vez, no nos es tan difícil comprender cómo una vida y una muerte como la suya producen esperanza y dan nueva vida.

Poco antes de su muerte Monseñor nos dejó este testimonio inolvidable: “Como pastor estoy obligado por mandato divino a dar la vida por quienes amo... aun por aquellos que vayan a asesinarme...Desde

ya ofrezco a Dios mi sangre por la redención y resurrección de El Salvador... El martirio es una gracia que no creo merecer. Pero si Dios acepta el sacrificio de mi vida, que mi sangre sea semilla de libertad y la señal de que la esperanza será pronto una realidad. Mi muerte, si es aceptada por Dios, sea por la liberación de mi pueblo y como un testimonio de esperanza en el futuro" (marzo de 1980).

### **Su vida**

Monseñor Romero creció en un lugar pobre de Ciudad Barrios, donde, como Jesús, aprendió el oficio de carpintero al lado de su padre. Entró al seminario arquidiocesano en San Salvador. Después estudió en Roma, y en 1942 fue ordenado sacerdote. Tras un año más de estudios, regresó a su diócesis natal de San Miguel, donde trabajó durante 23 años en las parroquias y como secretario de la diócesis. Era conocido por su celo pastoral, su predicación y su preocupación por los pobres. Pero no acababa de captar la relación que hay entre la riqueza y la pobreza, y las consecuencias que eso tiene para la fe.

En 1967 fue llamado a San Salvador como secretario de la Conferencia Episcopal. Fue consagrado obispo en 1970, y cuatro años más tarde fue nombrado obispo de Santiago de María. Allí empezó a comprender la pobreza estructural y la represión de estado. A principios de 1977, en medio de una crisis nacional y a instancias de los sectores conservadores del país, Romero fue nombrado arzobispo de San Salvador. Pocas semanas después fue asesinado el sacerdote jesuita Rutilio Grande por defender abiertamente a los pobres.

Este asesinato le sacudió hondamente. Monseñor Romero pronto cayó en la cuenta de que el gobierno no iba a investigar el crimen. Él lo condenó. Y se encontró con que los que habían sido sus amigos lo abandonaban, y los que habían sido tachados de comunistas y radicales estaban con él, dispuestos a ayudarlo. Muy pronto, a medida que la venda caía de sus ojos y crecía la persecución, Monseñor Romero se convirtió en la voz de los sin voz. Construyó una iglesia local que acompañó a los pobres en sus sufrimientos y en sus luchas. Y pagó el precio. Tras tres años de arzobispo, a la edad de 62 años, fue víctima de una bala asesina.

### **Su mensaje. Una buena noticia**

Monseñor Romero fue una buena noticia para los pobres de El Salvador, y ahora es una buena noticia para todos nosotros. Es el evangelio de hoy.

“Dichosos ustedes los pobres: son los que tienen hambre y lloran”. Dichosos, no porque el sufrimiento sea bueno, por supuesto, sino porque Dios viene a rescatarte de tu pobreza y del hambre. No porque usted es moralmente bueno, sino porque Dios es bueno y misericordioso. “¡Ay de ustedes, los ricos y los que ahora ríen”. ¿Qué hay de malo en reír? Nada, por supuesto. ¿Qué tiene de malo que el hombre rico coma y ría vestido con ropas suntuosas mientras el pobre Lázaro ansía comer las migajas de su mesa? ¿Odia Dios a los ricos? Por supuesto que no. Jesús se quedó un día en casa de Zaqueo, un hombre rico. Zaqueo da la mitad de lo que tiene a los pobres, Jesús se alegra y le dice: “¡La salvación ha entrado hoy en esta casa”. Además de la opción de Dios por los pobres, Jesús nos muestra la opción preferencial de Dios por los pecadores. Y esto es todavía más escandaloso.

Dios se pone del lado de las víctimas. Dios es como la madre que va a defender a su hijo menor cuando su hijo mayor se mete con el más joven. Naturalmente la madre ama a los dos. Hoy Dios se pone del lado de los trabajadores explotados en el trabajo. Pero Dios se pone del lado de la esposa del trabajador cuando este regresa a casa y abusa de ella. Quien se aprovecha de los débiles responderán a Dios por ello. Anunciar la buena noticia del reino de Dios quiere decir que Dios viene a acabar con las relaciones sociales injustas y a ofrecer a todos un nuevo modo de vivir como hermanos y hermanas en un mundo nuevo.

### **Iglesia de los pobres**

Este mensaje de buena noticia impregnaba todo el ministerio de Monseñor Romero, bien fuesen los sacramentos, las devociones populares, o cualquier otra cosa. Comprendió muy bien que si el mensaje de la Iglesia no es una buena noticia para los pobres, entonces no es el evangelio de Jesucristo. Y su mensaje era creíble porque lo vivió. Se negó a aceptar la protección que le ofreció el gobierno de darle protección, pues su pueblo no gozaba de tal privilegio. Hablaba con autoridad, porque, como Jesús, no hablaba en nombre propio. Habló en nombre de los pobres y en nombre de Dios.

Su ministerio hizo de la Iglesia una iglesia de los pobres. Su estrategia pastoral fue “acompañar”, caminar con el pueblo en sus sufrimientos y sus esperanzas. Puso a los pobres en primer lugar de la agenda de la Iglesia. Para Monseñor la pregunta no era “cómo afectará esto a la iglesia”, sino “cómo afectará a los pobres”. Cons-

tantemente les pedía ayuda, les preguntó su opinión y los escuchó pacientemente. Y así tuvo autoridad para criticar a las organizaciones populares cuando era necesario. "Los pobres han mostrado a la Iglesia el camino a seguir [...] La Iglesia que no se une a los pobres para denunciar desde ahí las injusticias cometidas contra ellos, no es la verdadera Iglesia de Jesucristo" (17 de febrero, 1980).

Hoy, muchos años después de su muerte, estamos aquí reunidos porque reconocemos a Monseñor Romero como un modelo cristiano y un obispo modelo. Algún día será reconocido como Doctor de la Iglesia. En la antigüedad se hablaba de los Padres de la Iglesia. Hoy Monseñor Romero, me atrevo a decir, es un Padre de la Iglesia de los pobres. La Iglesia del tercer milenio tendrá muchas madres, como Dorothy Day. Y Monseñor Romero será uno de los Padres.

### **Este es el camino a seguir**

Monseñor Romero nos señala el camino a seguir. No nos equivoquemos. A menos que las Iglesias cristianas sigan su ejemplo, no habrá solución a la pobreza, la violencia y la crisis ambiental que nos amenaza. Hoy nos enfrentamos a estos graves problemas:

- La pobreza es la peor arma de destrucción masiva. Cada año mata a más personas que todas las que murieron en la Segunda Guerra Mundial. Cada día mueren más seres humanos por causas relacionadas con el hambre que los que mueren por causa del terrorismo en todo un año. En los últimos años cientos de miles de centroamericanos han caído en la pobreza y la miseria
- La guerra en Afganistán, que, para empezar, no era necesaria, ya ha costado el doble de lo que costó la guerra de Vietnam. Más de 5 millones de personas han muerto en las recientes guerras de África Central, sobre todo por causa de enfermedades y hambre. Y el mundo no se ha enterado. Hoy en día las potencias nucleares mantienen un potencial 400.000 veces mayor que el de la bomba que cayó sobre Hiroshima. Los Estados Unidos tienen más de 700 bases militares en 132 países. ¿Nos hace esto estar seguros?
- De acuerdo a La abolición de la Tortura y Apoyo a Sobrevivientes de la Coalición, más de 150 gobiernos practican actualmente la tortura.
- Nuestro medio ambiente está en crisis, nuestros ecosistemas están en estado de sitio.

- En Estados Unidos cada año se siguen realizando más de un millón de abortos.
- El sistema carcelario es el más grande en la historia de la humanidad. Mantiene presos a 2,3 millones de personas, la mayoría de ellas de tez morena, hombres y mujeres de comunidades pobres.
- Por huir de la pobreza cientos de personas siguen muriendo al cruzar el desierto en el suroeste de Estados Unidos. La ley estadounidense de inmigración viola derechos humanos fundamentales. En los últimos tres años, el gobierno de Estados Unidos ha deportado a Centroamérica, diariamente, por vía aérea a más de 200 personas, es decir a más de 70.000 personas al año. Esto causa separaciones en la familia y siembra el temor en las comunidades.

La raíz de estos males es la búsqueda de seguridad, por causa del miedo, que llega a convertirse en idolatría, a lo que se une la idolatría de la riqueza y la búsqueda de mano de obra barata, con todos los sacrificios que conlleva.

En 1980 decir la verdad era, en El Salvador, el arma más poderosa para vencer el mal. Y lo sigue siendo en nuestro tiempo de humo, espejos e histeria, en tiempos de la mentira pública y del silencio ensordecedor sobre la desigualdad, la concentración de la riqueza y el militarismo. Romero lo denunció: “la corrupción de la prensa es parte de nuestra triste realidad, y revela la complicidad de la oligarquía” (15 de febrero 1980).

La Iglesia no puede permanecer callada ante las injusticias del orden económico, del orden político, del orden social. Si la Iglesia guarda silencio, será cómplice con los que se hacen a un lado y están dormidos en un conformismo enfermizo y pecaminoso... Todos estos son temas fundamentales, no cosas de poca importancia. Se trata de una cuestión de vida o muerte para el reino de Dios en esta tierra (24 de julio 1977).

La iglesia está llamada a hablar y a actuar cuando hay prisioneros de guerra que pasan años en la cárcel sin que se presenten cargos contra ellos, cuando existen cientos de maltratados y “desaparecidos”, cuando los abogados del gobierno tratan de justificar la tortura. Y sobre todo cuando el nombre de Dios se invoca para defender todas estas aberraciones.

La memoria de Monseñor Romero nos invita a convertirnos en la iglesia de los pobres. A romper nuestras alianzas con Constantino en el pasado, y con el poder en nuestros días. Como lo hizo Jesús.

Tres días antes de la muerte de Monseñor el poeta jesuita Lluís Espinal fue torturado y asesinado en Bolivia. Había escrito: "Una religión que no tiene el valor de hablar de los seres humanos no tienen derecho a hablar por Dios". Es el precio de la credibilidad.

En vísperas de Semana Santa, tiempo de gracia y de conversión, Monseñor nos recuerda que Dios nos llama a ser mejores. Dios solo tiene una forma de cambiar el mundo: llamándonos a cada uno de nosotros por nuestro propio nombre para dejar que Él nos transforme como lo hizo con Monseñor.

En su último retiro, un mes antes de su muerte, Monseñor escribió estas palabras que pueden leerse en una placa que está a la entrada de la capilla donde fue martirizado: "Estoy comprometido a entregar mi vida a la obra de Dios. Sin embargo, podría suceder que esta termine de repente". Habla de su inminente muerte y concluye: "Pero más valioso que el momento de morir es entregarle toda la vida y vivir para él".

Eso es lo más importante. Entregar toda nuestra vida en el amor a Dios. Si el amor es posible, como Monseñor ha mostrado que es, entonces, ¡otro mundo es posible! Y no sólo eso. Creemos que con Jesús ese nuevo mundo ya está en marcha. Su resurrección, que vemos reflejada en la resurrección de Monseñor Romero en el pueblo, nos da la seguridad de que, a pesar de todas las apariencias en contra, la victoria está garantizada. ¡Un día venceremos! ¡Todavía cantamos, todavía esperamos!

Inspirados por nuestro mártir y pastor, luchemos todos juntos llenos de esperanza.